

Entrevista a Arturo Montesinos Malo: ¿Por qué se me llama escritor de los 50?¹

–NO RESULTA FÁCIL caracterizar a la promoción de narradores en la cual usted empezó a publicar sus primeras obras. Sin embargo, pienso que la temática es uno de los pocos elementos vertebradores de ella. ¿Mantuvo usted en sus inicios como escritor, o posteriormente, contacto con César Dávila Andrade, Alfonso Cuesta y Cuesta, Ángel F. Rojas, Rafael Díaz Ycaza, con Alejandro Carrión o Pedro Jorge Vera (quienes entonces residían en Quito)?

–Viví en Cuenca hasta 1942 y allí tuve una buena relación de amistad con uno de ellos: Alfonso Cuesta y Cuesta. Cuando publiqué mi primer libro de cuentos, *Sendas dispersas*, Alfonso lo leyó con atención y luego tuvimos largas charlas tanto sobre mi primera incursión en el cuento como sobre el libro que Alfonso ya había publicado, *Llegada de todos los trenes del mundo*, en el interminable empeño de definir nuestras afinidades y divergencias en cuestiones de literatura. Alfonso estaba escribiendo su primera novela, *Los hijos*, y una vez vino a leerme uno de los capítulos que acababa de terminar después de muchos cambios y correcciones. Alfonso era exigente consigo mismo y daba mucha atención a cada frase, tratando de hacerla corta, armónica y precisa. En esa ocasión releí con embeleso la frase final para subrayar que ésta no

1. Las dos entrevistas de este *dossier* fueron realizadas por la coordinadora, Martha Rodríguez. El escritor Arturo Montesinos Malo respondió, desde Nueva York, a un cuestionario vía electrónica. Las respuestas de la narradora Eugenia Viteri también obedecen a un cuestionario discutido previamente (N. del E.).

desperdiciaba palabras, era melodiosamente poética y reforzaba el escondido mensaje de lo narrado. Cuando me mudé a Quito, donde él residió algunos años, nos encontramos unas cuantas veces antes de que viajara a Venezuela. Él se estableció en Mérida y yo vine a los Estados Unidos. Nos escribimos algunas cartas y no sé por qué terminó nuestra correspondencia. A Alejandro Carrión, paisano suyo, lo conocí en la Casa de la Cultura de Quito. Tuvimos una muy buena relación. Alejandro fue muy generoso conmigo en sus críticas y un artículo suyo ayudó mucho a despertar interés por mi libro de cuentos *Arcilla indócil*, para la primera edición del cual escribió un prólogo. Alejandro dedicó su vida entera a la literatura. Escribió muy buena poesía y muy buenos cuentos, pero él prefirió el artículo periodístico y con el seudónimo de *Juan sin Cielo* exhibió sus enciclopédicos conocimientos, su humorismo, la claridad de su análisis de cualquier situación y el don de escribir artículos llenos de interés y gracia. En cuanto a César Dávila Andrade, fui solamente amigo de salutación. No tuve oportunidad de conocer a Vera y Rojas.

—¿Encuentra elementos comunes, en temática o en estilo, entre su escritura y la de alguno de estos escritores?

—Las semejanzas y divergencias entre autores son a menudo subjetivas. Las que un lector encuentra pueden ser invisibles para otro lector. Naturalmente, cada escritor tiene un estilo induplicable y, en cuanto a obras de ficción, cada cual tiene su manera de contar y prefiere ciertos temas y ciertos enfoques. Por otra parte puede decirse que, tratándose del mismo libro, cada lector lee una obra diferente, porque mientras lee él aporta su personalidad, sus inquietudes del momento, sus problemas, su propia ética, sus propios gustos, etc. A mí nunca deja de asombrarme la variedad de las reacciones de los lectores de mis obras quienes a menudo encuentran tesis, intenciones y hasta confesiones que nunca habían pasado por mis pensamientos. Por eso me abstengo de emitir juicios comparativos entre las obras de mis contemporáneos y las mías porque los lectores preferirán las suyas propias.

—En cuanto a los referentes literarios que han marcado su camino como escritor, ¿a quiénes destaca usted? ¿Por qué?

—Esta es también una pregunta difícil de contestar. He leído a muchos escritores y he disfrutado mucho de algunos de sus libros pero no podría señalar con justeza a mis favoritos. Yo fui un lector ávido desde la niñez y cada autor debe haber dejado su huella en mi mente. Hubo una época en que yo prefería autores españoles y me fascinaban por ejemplo Ramón del Valle Inclán por su estilo rebelde y lleno de colorido, y Ortega y Gasset por su exce-

lencia estilística y sus ensayos multifacéticos. En otra época me dediqué a los filósofos, a pesar de que algunas obras exigían milagros de voluntad y paciencia. Una vez en Viena me regalaron las obras completas de Thomas Mann en alemán y decidí leerlas para aprender el idioma. El capricho me tomó largo tiempo pero encontré a Mann muy interesante y además ahora leo en alemán más o menos, aunque nunca aprendí a hablarlo.

Como le dije, diversos libros han influido en mi vida y mi obra en determinadas épocas. Pero hay un autor que nunca ha dejado de fascinarme: Shakespeare. Leí sus obras completas en español y siempre tuve la sensación de que era muy moderno, muy de hoy, muy cercano a mi universo presente. Su obra no ha envejecido y todavía es universalmente apreciada. He vuelto a leer sus obras en inglés donde el taumaturgo y el poeta viajan juntos y uno encuentra magnífico drama y magnífica poesía simultáneamente con una profundidad psicológica que parece producto de esta época de continuo descubrimiento de los enigmas de la mente.

—¿Qué elementos cree usted que han incidido en esa suerte de «olvido» en que la crítica ha relegado a los autores de la década del 50?

—Con respecto a esta pregunta y la próxima, hay algo que me tiene inquieto. Yo escribí una obra teatral que se presentó en una escuela en 1928. En 1937 y 38 se presentaron en un teatro de Cuenca otras dos obras mías, en 1941 salió a luz *Sendas dispersas*, una colección de cuentos que empecé en 1930. En la década de los 50 se publicaron *Arcilla indócil* y *Segunda vida* que fueron escritas en los 40. En los decenios subsiguientes aparecieron otras obras y se representó en Nueva York una pieza de teatro. Mi último libro apareció en 2001, y en 2003 y 2006 he escrito dos guiones para cine. Si yo he escrito desde los 15 y sigo escribiendo, ¿por qué se me llama escritor de los 50? A mí me suena como un epitafio prematuro o como una aserción arbitraria de que un individuo congela su mente en cierta edad y pierde contacto con todo el acontecer subsiguiente. Por supuesto, para estudiar la historia de la literatura ecuatoriana hay que dividir a los autores en grupos y no hay ninguna manera satisfactoria. Un escritor cuencano me aparejó con Alfonso Cuesta en un grupo que llamó «escritores de transición». Nunca entendí bien pero colijo que quiso decir que los dos estábamos a medio camino entre la literatura anticuada y la moderna. O tal vez quiso decir entre la mala y la buena. En cuanto al «olvido» de obras y autores ecuatorianos, es una realidad inevitable para la gran mayoría de escritores de todos los tiempos. En primer lugar, en el país poquíssimas personas compran libros de ficción o poesía. Las

ediciones no suelen pasar de mil ejemplares y rara vez se agotan. Un pequeño número de aficionados a la lectura lee un libro nuevo, un par de críticos publican un comentario y la memoria de la obra y su autor se desvanecen demasiado pronto. Habría necesidad de crear una editorial dedicada a obras de toda la América Latina para que más escritores latinoamericanos tuvieran la posibilidad de ser conocidos, no solo en su pequeño país sino en los otros. Todavía en América de habla latina existe un provincialismo literario. Cada nación cultiva su grupito de escritores y artistas y apenas tiene contacto con los colegas de los países vecinos. El novelista checo Kundera, en un artículo reciente en la revista *New York* se queja de que en Europa existe la misma situación entre los países pequeños y grandes del continente.

–Hubo un tiempo, durante los años 40 y 50, en que los narradores ecuatorianos se mostraban desilusionados de las condiciones sociales y políticas del país. ¿Tuvo usted ese mismo sentimiento de desencanto?

–Los ciudadanos de cualquier época y cualquier país viven desencantados de sus propias deficiencias y de las condiciones económicas y políticas, pero solo los escritores pueden expresar sus sentimientos en publicaciones impresas que los difunden y perpetúan. En los primeros años del siglo XX hubo en el Ecuador un grupo de autores y artistas al que posteriormente llamaron «la generación decapitada», porque abundaron las tragedias personales. Mis contemporáneos y yo pudimos disfrutar en general de vidas normales pero, por supuesto, tuvimos nuestra cuota de malos ratos. Aunque perdí contactos cuando salí del país, no creo que mi generación se haya destacado por exceso de descontento.

–Varios narradores de la década del 50 emigraron fuera de sus ciudades natales y del país. En su caso particular, ¿cuáles fueron las motivaciones que tuvo para viajar a EE.UU.? ¿Cómo valora su vida allá, y de qué manera incidió esa experiencia en su actividad como escritor?

–Mi vida en los Estados Unidos ha sido placentera. Mi hija Luz Marina, cuyo estado de salud nos impelió a mudarnos, encontró aquí tratamiento médico adecuado que la ha mantenido sana. Tanto ella como mis otros tres hijos –yo estoy muy orgulloso de los cuatro– fueron a la universidad y se capacitaron para carreras prósperas. En cuando a mi vida de escritor, mis actividades descendieron en el primer decenio, mientras me establecía, pero luego procedieron regularmente. Si no he publicado más es por las largas demoras que siempre hubo para la impresión de cada obra mía. Por otra parte decidí no terminar la trilogía que empecé con *Segunda vida* y *El peso de la nube par-*

da porque aquello sucedía en Quito, una ciudad que crecía y evolucionaba con rapidez, y como yo no residía ya en esa ciudad supe que nunca podría describir el medio adecuadamente.

—¿Qué tan difícil fue ser emigrante en la década del 50?

—Mi familia y yo no afrontamos la lucha inicial de los inmigrantes comunes, porque yo vine contratado por las Naciones Unidas y mantuve mi puesto por veintidós años hasta mi retiro. Solamente entonces presentamos la solicitud de inmigración, pero ya estábamos bien establecidos y aclimatados y habíamos pasado por las etapas de adaptación a la vida del país. La mayor ventaja para el inmigrante es que aprende a pensar positivamente, quizás porque son menores las oportunidades de fracaso. Ningún trabajo degrada y cualquier paga avanza para satisfacer las necesidades esenciales de vivienda, ropa y comida. En su mayoría los inmigrantes están dispuestos a trabajar y pronto descubren que están mejorando en su propio aprecio, sus condiciones de vida, sus costumbres y su visión del mundo. Sus malos momentos tienen mucho que ver con su falta de idioma y la dificultad de adaptarse a normas y hábitos diferentes. Como es obvio, cada vida se desenvuelve individualmente y va en cualquiera dirección, aquí o en otro lugar del mundo, y las historias de éxito o fracaso más tienen que ver con la diversidad de las circunstancias que con el lugar de residencia.

—¿Cuáles son sus principales recuerdos del Ecuador, los que perviven después de varias décadas de residir fuera?

—Son incontables las buenas imágenes que conservo del Ecuador, donde viví mis primeros 39 años. De ahí provienen mis mejores recuerdos, los de mis padres, mis hermanos, mis amigos, los magníficos paisajes andinos y costños. Es mi patria y no puedo menos que alegrarme de sus triunfos y adelantos y dolerme de lo mucho que todavía falta para disminuir el hambre y la pobreza y para levantar tanto espíritu derrotista. Tengo un amigo muy apreciado con quien me he visto en cada retorno mío al Ecuador. Cada vez le he oído la misma frase: «Nunca ha estado el país tan mal como ahora». Yo he visto crecer al país desde que comenzó a exportar petróleo. Tenía 3 millones cuando salí en 1952 y ahora se cree que la población pasa de 12 millones. Ha habido mucha construcción y las ciudades han crecido espectacularmente. Ya no hay descalzos, la gente viste mejor, al parecer es más alta y parece mejor alimentada. La infraestructura urbana y las condiciones sanitarias han mejorado. Pero mi amigo y muchos otros siguen quejándose... con razón. Queda todavía demasiado por hacer. Niños desnutridos, madres desamparadas, fami-

lias sin hogar y un gran número adicional de deficiencias. Todo esto debido en gran parte al alto porcentaje de desempleo. No hay tragedia más lamentable. Una persona busca y busca trabajo y no lo encuentra. Quien no trabaja no consume y con su obligado ocio contribuye al empobrecimiento de los demás. Este problema que aqueja a tantos países merece alta prioridad por parte de los mandatarios. Crear nuevos trabajos es muy difícil, pero debe ser siempre el objetivo número uno, porque es el único índice de verdadero progreso de un país. Un desempleado más es un cliente menos y los ingresos de los que trabajan disminuyen proporcionalmente. Esto crea un clima de malestar general que he encontrado muy presente en cada viaje mío al Ecuador. Este es el aspecto que más me ha entristecido porque se percibe un progreso desequilibrado. La proporción del empleo en relación con el número total de habitantes parece disminuir en lugar de crecer: las cifras de los censos avanzan a ritmo de maratón y las oportunidades de trabajo a paso de tortuga.

–En cuanto al trabajo de los escritores, ¿es más difícil serlo en el nuevo milenio, frente a las limitaciones de los escritores de la segunda mitad del siglo XX?

–Con la popularidad de la televisión y la radio las perspectivas de los escritores son cada día menos alentadoras. En el mundo entero los medios visuales –radio televisión, video– suplantando al libro y disminuyen el deseo de leer. Para muchos escritores del futuro será imperativa la necesidad de adaptarse a las nuevas realidades y escribir para la televisión y el cine. Para quienes logren abrirse campo, las oportunidades abundarán especialmente en los grandes centros.

–En sus novelas y cuentos hay varios poetas que mueren jóvenes (Gilberto, de «El envés de las horas», Fermín de *Segunda vida*), otros que dejan de escribir (Leonardo Durbán, de *Segunda vida*), o quedan reducidos al ostracismo. ¿Son coincidencias o usted mira con desesperanza el futuro de la poesía desde los años de inicio de la modernización socioeconómica del país?

–Esta pregunta reitera mi idea de que los lectores encuentran motivaciones, criterios o enfoques que el autor no tuvo intención de incluir o insinuar. Yo era muy niño cuando se suicidó Medardo Ángel Silva, el joven poeta guayaquileño. Por muchos días *El Telégrafo* dedicó páginas enteras a su vida y obra. Mis padres y otras personas que habían leído el abundante material informativo, más la biografía y los poemas del desaparecido, tuvieron mucho que comentar. Yo recuerdo que leía las hipótesis sobre el porqué del sui-

cidio y algunas de las poesías con gran curiosidad y sin comprender mucho. Pero me fascinaba mirar un gran retrato que publicaron los periódicos con la impresión de que el poeta me miraba como queriéndome hipnotizar. A ese suceso que me impresionó tanto, se añadieron varios otros con el pasar de los años. En Cuenca, tradicional ciudad de poetas, hubo varios, conocidos o inéditos, que fallecieron en plena juventud, o en la madurez, antes de lo que cabía esperar, incluyendo amigos míos muy dilectos. Como todo escritor, yo he creado mis personajes con fragmentos de recuerdos personales y quizás por eso algunos de ellos son poetas de vida corta o poetas que abandonaron su afición.

–¿Se identifica tal vez con Nelson Greco, quien a mi juicio puede ser el primer poeta posmoderno representado en nuestra literatura?

–Todos mis personajes son productos de mi imaginación y no creo haber incluido en ninguna obra mía un episodio o incidente autobiográfico. Por otra parte mis personajes dicen o piensan lo que yo quiero que digan o piensen. Es inevitable, por lo tanto, que una metamorfosis de mí mismo acompañe todas mis páginas. Pero no creo que deambule cerca de Nelson Greco.

–¿Es entonces Leonardo Durbán –poeta en su juventud, abogado e investigador de vidas poco comunes; muchas veces un terco justiciero, alguna vez desencantado– el personaje con el que más se identifica?

–Varias veces tuve la intención de utilizar un personaje de mis cuentos o novelas como protagonista de otro relato. Lo hice solamente para «Sonrisas de allá arriba», que es un nuevo episodio de la vida de tres personajes de «La entrevista», uno de los cuentos de *Arcilla indócil*. Leonardo Durbán debía protagonizar el tercer tomo de una trilogía que nunca escribí, como lo mencioné en una pregunta anterior. En todo caso, como Leonardo Durbán ya se destacó en dos novelas, él resulta ser mi personaje favorito.

–¿Qué elementos de su obran cree que han constituido un aporte a la narrativa ecuatoriana?

–No es posible contestar esta pregunta sin urdir un discurso de pretendida profundidad que en realidad no diría nada. ¿Qué es un aporte literario? ¿Cómo se lo mide? Leen ficción los que quieren pasar un rato ameno. Primordialmente lo leen para descanso y solaz. Si el libro no es interesante, después de leer un par de páginas lo echan a un lado. Si un lector lee un libro hasta la última página, el autor logra su propósito inicial. Si el mismo lector descubre que el libro le enseñó o aclaró algo, le incitó a reflexionar, o le deleitó por cualquiera de mil razones, y luego recomienda el libro a sus amigos o publica una

crítica favorable, entonces el haber publicado ese libro no ha sido un completo desperdicio. Eso es lo que anhela un escritor y eso es lo que puede considerarse un aporte. ¿Quién puede medir la calidad, magnitud e importancia de este intangible aporte? Todos mis libros se han editado en el Ecuador. Como yo no he residido allí, es poquísimos lo que he oído o leído en referencia a ellos y de escritores de mi misma época. Es usted, Martha, y otros amantes de la literatura ecuatoriana, quienes pueden juzgar la importancia del impacto en la cultura del país de las obras de mis contemporáneos y la mía propia. En una nota más personal debo añadir que me siento honrado de que usted haya incluido mi obra en su tesis. Usted está en el grupo de mis lectores ideales. Como usted, a igual que yo, ha decidido caminar por los senderos del relato, es decir, por rutas perennemente abruptas pero fascinantes, le deseo muchos éxitos y me convierto desde ahora en uno de sus lectores. *

Nueva York, febrero de 2007